

ALEMANY BAY, Carmen (coord.). *Artes poéticas mexicanas (de los Contemporáneos a la actualidad)*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara, 2015.

El volumen trata de esclarecer, mediante un minucioso análisis, los valores destacados de una poética mexicana. Coordinado por la Dra. Alemany ha sabido reunir los estudios de un nutrido número de investigadores sobre aquellos autores que han marcado, en su opinión, la trayectoria lírica sobre la que se trata de analizar el tránsito de coordenadas comunes. El sugerente libro de Samuel Gordon, al que se suma otra nutrida nómina de antologías, *Poéticas mexicanas del siglo* es el punto de partida para, a la distancia de los años, plantear una nueva línea crítica en el análisis. Las definiciones de la poética mexicana van de la mano de Jorge Cuesta, Gorostiza, Owen, Villaurrutia y Ortiz de Montellano entre otros, porque como resume con fortuna la Dra. Alemany, la poesía para Contemporáneos es una “definición de lo estético en el lenguaje”. Tras ellos se abren tres líneas que marcan a la generación del Medio Siglo, Paz, Efraín Huerta y Albero Quintero, que inauguran el camino para la Generación del Medio Siglo y la Generación del 72. Desemboca finalmente el análisis en las artes poéticas de los setenta y ochenta que como reza el epígrafe, van Hacia una reconfiguración de lo poético. Al estudio panorámico se suma un riguroso análisis llevado a cabo por Rosa García Gutiérrez. Dedicando sus páginas a la acertada labor de Villaurrutia en la fundamentación del interrogante sobre la poesía que termina definiendo como acto de conocimiento y “vía de integración” entre la teoría y la práctica, la poética y el poema. Se pone de manifiesto en *Nostalgia de la muerte*, donde se cumple su idea de la poesía como manifestación del hombre, en un registro que abarcó el surrealismo (*Reflejos* y su novela experimental *Dama de corazones*), mientras que sus “Nocturnos” preludian su obra cumbre, con ecos de sor Juana, Novalis e incluso López Velarde. La lectura de Manuel Fuentes avanza sobre la obra de Octavio Paz mientras destaca su constante tentativa para acceder a un texto en la vitalidad de la transformación, de hecho inicia su análisis mediante las rectificaciones de las sucesivas introducciones del propio autor quien se dejaba finalmente guiar por algo tan sutil como el azar, tras la interrogación que se plantea desde *Calamidades y milagros*. Solo la palabra es finalmente la sustancia intocable, duradera. Pero una sustancia en continuo desarrollo desde la espiral del caracol que regresa y vuelve en “la persistencia que edifica su poética”. Frente a Paz la poética de Efraín Huerta (Luis Vicente Aguinaga) se funda en lo humano, donde descubre la esencia de un México real y existencial. El texto de “Problema de la poesía” se enraza en la vertiente social y política del poeta, que invoca a la humanidad en pro de la justicia. Pero a su vez es la búsqueda de una poesía pura presente en *La rosa primitiva* y que finalmente desemboca en lo lúdico de los poemínimos. Un estudio original de Rosario Castellanos como poeta, es el análisis que ofrece Vicente Cervera al destacar como

clave poética de su creación, la ironía, fundada en un nihilismo fruto del “existencialismo desnudo y aterido”. El tiempo bergsoniano transcurre para afianzar el desaliento. Su voz se identificará posteriormente con lo mexicano, logrando encontrar su lugar en el mundo como en las “Lavanderas en Grijalva”, si bien obtiene su verdadero registro en “Lamentación de Dido”. La mirada hacia el otro se funda en la “Filosofía de la miseria” que para Cervera materializa en otros factores dialecticos no marxistas. Su poética concluye, es una poética del no, signada por la vacuidad. Jaime Sabines coincide con Castellanos en la percepción de la existencia como ironía, como destaca Eva Valero, quien resuelve hábilmente la indagación en su metapoética, pese a la dificultad de enfrentarse no a un teórico, sino a un poeta, que aprecia singularmente lo cotidiano y coloquial. Su lírica es un ser en el mundo, un canto a su autenticidad, la solidaridad, que no escapa a lo simbólico como en “La rosa de Cocteau”. El estudio en torno a Jorge Cuesta (Selena Millares) se inicia en la novela, *La única* (1938) escrita desde el rencor a su esposa Guadalupe Marín, biografía que se completa con los rasgos de un poeta maldito (lo que le vincula con Gide y Baudelaire) llevado por las migrañas y el LSD. Así se manifiesta en sus prosas “El diablo en la poesía”. 1940, donde hermana poesía, intelecto y ciencia. Su testamento literario el célebre “Canto a un dios mineral”, se impregna de filosofía. Junto a Cuesta, Owen (Cecilia Eudave) un poeta que a su vez traduce otro sentido de realidad y verdad, donde la revolución mexicana es una revolución estética. Sus pasos iniciales en el modernismo se convierte en una ensoñación como búsqueda de nuevo anhelo que “tendrá como cómplice la noche”. En este recorrido por las Artes poéticas, no podía faltar uno de los paradigmas más destacados, como es Gabriel Zaid (Anibal Salazar), según repiten las palabras de Pacheco. El análisis sobresale por la cercanía al poeta, como ser en el mundo que revela las circunstancias y dificultades de su producción. Desde la estética de la recepción, defiende el acto de la lectura como una verdadera poética que remite al concepto de obra abierta. Y junto a Zaid, un nuevo catalizador de la literatura mexicana, José Emilio Pacheco (F. Noguero), teórico singular que se mueve en los ejes de la llama (tiempo que consume) y su efecto, el estrago (envejecimiento), como poética en la que todo se destruye y se renueva, con un marcado escepticismo, que atrapa al lector en los tenues hilos del poeta.

Poeta de singularidades: Homero Aridjis (Patrizia Spinato), mezcla géneros, busca ávidamente la renovación, en una ensoñación atrapada en la argolla de la experiencia, su obra es su fruto. En su observación minuciosa de la sociedad, los mitos se enseñorean de los transeúntes y se transforman como en “Tántalo” o su compromiso social se vierte en la figura del Santo de Asís, símbolo del imprescindible valor ético que pregonan. Frente a él Francisco Hernández (Ana Chouciño) desarrolla una poética como una anagnórisis, un conocimiento que surge de la construcción de una palabra que desde el principio se reconoce obsoleta para la comunicación. Su obra *Imán para fantasmas* destaca por su originalidad al

establecer la conexión entre fotografía y poesía. Si en el caso de Hernández se analizan todas las obras, para Alejandro Piña la poética de Alberto Blanco se puede establecer desde un solo libro signado también por la plástica: *Un año de bondad*, poética de la imagen, donde la palabra no es de la autoría de Blanco, y donde se busca no solo la correspondencia entre las artes, sino la disolución de las fronteras. La original obra de Quirarte, analizada por Ignacio Ballester, destaca por su decir “de otro modo lo mismo”, plantea una poética de los sentidos, en la que preconiza el valor del cuerpo para absorber el mundo, por ello, el protagonista es un viandante que observa y es observado, mientras establece los lazos invisibles de una relación con la familia, con el otro, con los poetas. Francisco Estrada justifica precisamente desde la inexistencia de una poética, su elección de Julian Herbert, precisamente al abogar por una lectura contextual de la poética, y la necesidad especial de renunciar a ella, en determinadas circunstancias. José Ramón Ruisánchez analiza por último a Tania favela, Tamara R. Williams y Maricela Guerrero, en una llamada intersubjetividad que analiza el cuerpo como emergencia erótica. Poéticas abiertamente sexuales que marcan la violencia de una agresividad que tiende a “Epatar le bourgeois”, como sus predecesores de Vanguardia. En resumen un cierre de círculo, pues si bien no corresponde al tema que se analiza en el volumen, es innegable que las Vanguardias, predecesoras de Contemporáneos, han sabido ejercer su yugo en las artes poéticas del siglo XX.

Rocío OVIEDO PÉREZ DE TUDELA
Universidad Complutense de Madrid

BENAVENTE, fray Toribio de, Motolinía. *Historia de los indios de la Nueva España*. Edición, estudio y notas de Mercedes Serna Arnaiz y Bernat Castany Prado. Madrid: Real Academia Española, Centro para la edición de los clásicos españoles, 2014. 559 pp.

La *Historia de los indios de la Nueva España* es una de las relaciones más importantes producidas en la época colonial. Escrita por el franciscano Toribio de Benavente, también conocido como Motolinía, el texto no sólo presenta el papel que su orden desempeñó en la denominada conquista espiritual de América, sino también las controversias teológicas y políticas que rodearon al proceso de conversión al cristianismo de las poblaciones nativas en el Nuevo Mundo. Los detalles que ofrece Motolinía son esenciales para comprender las profundas transformaciones culturales que experimentaron dichas poblaciones y la forma en la que los españoles construyeron sus propias narrativas de legitimidad frente a ellas y frente a ellos mismos.